



CARTA

A LOS PÁRROCOS Y FIELES DE MATAMOROS, REYNOSA, CAMARGO, MIER,
GUERRERO Y NUEVO-LAREDO.

Amados Hijos en Jesucristo:



L acercarnos á la orilla del río caudaloso que baña una tras otra vuestras florecientes ciudades, os dirigimos enternecidos Nuestra paternal salutación. Desde el Bravo hasta el Pánuco, y desde el mar hasta allende la Sierra, hemos recorrido Nuestro vasto territorio, procurando sembrar por todas partes la simiente evangélica, y hoy tornamos de nuevo á la frontera septentrional de Nuestro obispado, ardiendo en deseos de abrazaros, de bendeciros y de salvaros. Por las bocas de vuestro río entró la nave que Nos condujo á ejercer Nuestro penoso ministerio: con sus ondas se mez-

claron las primicias de Nuestros sudores pastorales, y en su margen vertimos las primeras lágrimas que después han sido Nuestro pan cotidiano. Para vosotros fueron Nuestras primeras fatigas, entre vosotros por vez primera resonó Nuestra voz, y aquí recogimos los primeros frutos de Nuestra humilde predicación. Os amamos, pues, con predilección singular, y una simpatía muy marcada Nos atrae hacia las márgenes del Río Grande. ¡Salud, amados Hijos! Nuestra alma se llena de intenso regocijo al hallarnos en medio de vosotros.

¡El amor á la Religión y el amor á la Patria! ¡El apego á la Fé de nuestros padres y á las tradiciones de nuestros mayores! Estas sublimes virtudes que tanto enaltecen al hombre las hemos visto resplandecer en sumo grado en muchos de vosotros, especialmente entre los hijos del pueblo, y hemos observado que el contacto con otras razas y otras religiones no ha hecho sino afirmar en la mayor parte de Nuestros hijos de la Frontera los generosos sentimientos heredados de nuestros antepasados. Centinelas avanzados de nuestras santas creencias, vuestra misión es árdua y vuestro puesto difícil, y necesitáis robusteceros en la Fé, y revestiros con las armas espirituales, para conservar intacto el dón precioso del catolicismo, y ser la salvaguardia de vuestros hermanos, al mismo tiempo que os custodiáis á vosotros mismos. Hé aquí por qué hemos venido á animaros con Nuestra presencia; á ungir con el crisma de salvación á los que no se hallen aún inscritos en la milicia de Jesucristo; á distribuiros el pan de la Divina Palabra; á tender la mano á los que hubieren caído; á anunciar á todos la Buena Nueva y llamaros á la Penitencia.

Duélenos tan sólo que Nuestra permanencia en estas comarcas tiene que ser por ahora muy breve. Acabamos de fundar un colegio cuyo nacimiento ha sido acompañado de gravísimas dificultades, que se encuentra en los primeros días de su delicada infancia, y reclama de una manera especial Nuestros desvelos. La intervención personal que en él Nos hemos reservado, impide que se prolonguen Nuestras ausencias, y Nos obliga, muy á pesar Nuestro, á visitar con suma rapidez á las ovejas más lejanas de Nuestro inmenso redil. Por eso, amados Hijos, en el momento mismo de saludaros Nos vemos forzados á deciros un tristísimo adiós.

Hace algunos días que debíamos haber llegado á vuestros puertos; pero las muchas necesidades de los pueblos por que hemos pasado en Nuestra visita, han hecho que Nuestra marcha pastoral sea lenta en extremo. ¡Loado sea Dios que ha permitido que Nuestras humildes fatigas sean tan fecundas en frutos dignos de penitencia, y se ha servido de Nuestra debilidad y pequeñez para dar mayor gloria á Su Nombre! Por centenares contamos las ovejas descarriadas, que unidas antes en coyunda no sancionada por las leyes divinas, se han acogido al amplio perdón por Nós proclamado, y atadas de nuevo ante la Iglesia con lazo indisoluble y santo han tornado al redil de Jesucristo. Millares de almas envejecidas en la culpa se han lavado en la Sangre del Cordero, y hemos tenido el consuelo de ver que tras días enteros de incesante trabajo, la aurora ha sorprendido más de una vez á Nuestros escasos colaboradores, administrando el sacramento de la Penitencia. ¡Cuántos niños y aún ancianos, que antes ignoraban los misterios de nuestra Religión,

han acudido á instruirse en la doctrina de Nuestro Salvador, y han vuelto llenos de consuelo con las saludables verdades que han aprendido! ¡Cuántos, olvidados hacia largos años de contribuir con sus diezmos al decoro del culto y á la dilatación del Reino de Dios, han venido espontáneamente á ofrecerlos, y han experimentado el desprendimiento y generosidad de nuestra amorosa madre la Iglesia!

Al ver esta hambre sagrada que devora á Nuestros Hijos, ¿cómo negarles el alimento espiritual? ¿Cómo no detenernos á cada paso á socorrer á esa multitud de menesterosos, que á diestra y á siniestra Nos tendían afligidos la mano, sedientos de religión, y gritándonos cual el leproso del Evangelio al Divino Maestro que Nos envió: *Señor, si quieres, puedes dejarme limpio; Domine, si vis, potes me mundare?*

En estas consoladoras tareas se deslizaron rápidamente los días; y el solemne tiempo cuaresmal Nos ha sorprendido apenas llegamos á vuestro lado. Se acerca la Semana Mayor cuya celebración exige de Nuestra parte grandes preparativos, y en que los Sagrados Cánones Nos ordenan, cuando mayores deberes no lo impiden, acogernos al recinto de Nuestra catedral: fuerza Nos es, por tanto, despedirnos de las márgenes del Bravo, sin haber visitado más que las parroquias de Mier y Camargo. Os ofrecemos, empero, amados Hijos, regresar en medio de vosotros apenas haya pasado la Pascua Florida, y quizá entonces nos será dado recorrer despacio toda vuestra linea, si el Señor Nos lo permite, desde la desembocadura del Río hasta el extremo Laredo.

Entretanto, os rogamos que preparéis el terreno de

vuestros corazones para recibir la sacrosanta semilla que Nos preparamos á arrojar. Hacedlo fecundo de manera que, apenas regado con la divina gracia, germine el grano celestial y crezca lozano y produzca al tiempo debido ciento por uno. Os recomendamos sobre todo esa tierra virgen de la niñez, en que están cifradas todas nuestras esperanzas. No permitáis que crezca en ella la zizaña del vicio, ni dejéis que las aves de rapiña se aproximen á su cercado recinto. Multiplicad las escuelas católicas, protegéd á los dignos maestros que se hayan mostrado á la altura de su misión, y siempre que se os presente algun pedagogo que no sólo instruya á vuestros hijos en las letras humanas, sino que con la palabra y con el ejemplo les enseñe las máximas de Jesucristo, la moral católica y las virtudes sociales que deben distinguir á todo buen mexicano, ¡oh! protegédlo, protegédlo con empeño, protegédlo aunque fuere á costa de penosos sacrificios.

Deseamos, amados Hijos, que estas Nuestras Letras lleguen á conocimiento de todos, y en tal virtud mandamos á los Párrocos que las lean en el Templo y las distribuyan con profusión.

El Señor os bendiga, amados Hijos, como os bendice vuestro Pastor.

Dado en la Santa Visita Pastoral de la Ciudad de Mier, el Miércoles de Ceniza, dia vigésimosexto de Febrero, del año del Señor de 1873.

✠ IGNACIO,
OBISPO DE TAMAULIPAS.



DISCURSO

LEIDO EN LA PRIMERA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO
SEMINARIO DE CIUDAD VICTORIA LA NOCHE
DEL 2 DE NOVIEMBRE DE 1873.



ACABAMOS de terminar el primer año de nuestra vida escolástica, y os hemos convocado, Señores, para que veáis el fruto de nuestras primeras tareas, y aplaudáis los primeros triunfos de nuestros jóvenes educandos. No podemos introducirnos á dorados salones, ni regalar vuestros oídos con dulces ecos de numerosas orquestas; ni mucho menos convidaros á certámenes literarios ó espectáculos científicos, cual los que nos hacen contemplar las universidades y colegios, los liceos y seminarios de otras capitales más antiguas que la nuestra. Pero estoy seguro que la sencilla fiesta de